

misimo tiempo que en las márgenes del Mescala interceptaba las comunicaciones entre Chilpancingo y la capital. Tasco y Teloloapan se encontraban amagados por otras fuerzas, mientras que una parte de las del jóven guerrillero recorrían el distrito de Cuernavaca, infundiendo el terror por todas partes entre las tropas del gobierno. En fin, la revolución ardía ya como una inmensa hoguera en la mayor parte de los departamentos de la República, y cada día eran menores los recursos con que contaba el gobierno para apagarla.

Tuvieron algo de providencial aquellos acontecimientos, puesto que de otro modo era imposible que hubiera cambiado en tan pocos dias la faz de la revolución. Encontrábase ésta herida de muerte por falta de recursos; marchaban contra ella fuerzas muy superiores, cuya sola presencia habría bastado para aniquilarla, exánime y abatida como había quedado; todos creyeron que había llegado su última hora; hasta sus hombres más esforzados, si no desmayaban, habían empezado á desconfiar del triunfo. Ya hemos visto cuáles fueron las causas que hicieron cambiar de repente el aspecto de las cosas; y cual fué el instrumento de que se valió la Providencia para realizar sus designios sobre México. El cielo había dado á Comonfort la entereza y la virtud de un héroe, para resistir á tentaciones seductoras; le había dado un amigo que le favoreció en sus horas de quebranto; había dado vientos prósperos al bajel que le restituyó á la patria, y le había hecho llegar á tiempo para infundir nuevos bríos en los ánimos atribulados de los suyos.

CAPITULO SETIMO.

CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES

Circular del gobierno para las juntas populares.—Preguntas que habían de hacerse á los ciudadanos.—Libertad para votar y para escribir.—Carta reservada á los gobernadores.—Votacion del 1.º de Diciembre.—Votan algunos por Alvarez.—Son declarados conspiradores.—Resultado de la votacion.—Triunfos de los ministros.—El general Basadre.—Nuevas providencias terribles.—Desesperada posicion de la brigada Zuloaga en Nuzco.—Pronunciase.—Entrégase Zuloaga como prisionero.—Injusticia del gobierno.—Toma de Huétamo.—Fusilamiento de Bahamonde.—Ingratitud del gobierno con él.—Entran los pronunciados en Juchitlan.—Más órdenes terribles.—Represalias.—Circular de Alvarez para impedir las.—Acérquese Alvarez á Chilpancingo.—Proclamas á la guarnicion y al vecindario.—Carta al comandante general de Guerrero.—Sale otra vez Santa-Anna para el Sur.—Sus disposiciones.—Prision del coronel Moreno.—Es fusilado.—Instrucciones al comandante principal de Iguala.—Vuelta de Santa-Anna á México.—Motivos que tuvo Alvarez para no atacar á Chilpancingo.—Estrañamiento al comandante general de Guerrero porque no atacó al ejército libertador.—Le reemplaza Lazcano.—Bando horrible contra Tixtla.—Medidas humanas de Alvarez.—Rumor falso acerca de ellas.—Don Plutarco Gonzalez.—Don Santos Degollado.—Don Luis Ghilardi.—Una comunicacion del prefecto de Zamora.—Va el coronel Santa-Anna á Michoacán.—Circular para que no se llamen pronunciados sino bandidos.—Publicita en Acambaro y en Taretan.—Don Cipriano de las Cagigas.—Entra Degollado en Puruándiro.—Escesos que se cometen.—Pronunciamiento de Zamora.—Las tropas del gobierno en Zitácuaro.—Atrocidades.—Irritacion de los indígenas.—Don Joaquin Urquiza.

EL gobierno de Santa Anna intentaba en vano conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza; y era porque todos los medios que para ello empleaba, no servían sino para poner en mayor evidencia las faltas de su política, y para exacerbar más la indignacion de los ánimos. Como vió que la revolución avanzaba y crecía por donde quiera, qui-

no dar de nuevo á su poder un baño de popularidad que quitara los pretextos á los que contra él se levantaban, y con este fin espidió una circular por el ministerio de gobernacion, en la cual se decia sustancialmente que supuesto que la revolucion con sus progresos habia puesto algo en duda si los mexicanos tenian ó no plena confianza en el presidente, éste que queria obsequiar siempre la voluntad nacional, disponia que el dia 1.º de Diciembre de aquel año se reunieran juntas populares en todas las ciudades y pueblos de la República, bajo la presidencia de los gobernadores, comandantes generales y demás autoridades respectivas de cada punto, para que allí los ciudadanos espresaran *con absoluta libertad* su opinion, su voluntad ó su parecer sobre las dos preguntas siguientes:

"1.º Si el actual presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella con las mismas amplias facultades que hoy ejerce.

"2.º En caso de que no continúe con las mismas amplias facultades con que en la actualidad se halla investido, ¿á quien entrega inmediatamente el mando."

En la misma circular se decia que el general Santa-Anna estaba resuelto á no continuar en el mando sin la plenitud de facultades que hasta entonces habia tenido, cuya idea estaba, por otra parte, claramente indicada en la segunda de las preguntas.

A los periódicos se les concedia libertad para emitir, solamente el dia 1.º de Diciembre, su opinion sobre las dos propuestas cuestiones.

Al mismo tiempo el ministro de la gobernacion dirigió reservadamente una carta á los gobernadores de los departamentos, en la cual les decia que ellos debian comprender perfectamente cual era el verdadero objeto de aquella medida, y que á ellos les tocaba disponer las cosas de modo que no se malograra el buen resultado que apetecia el gobierno. Aunque estos conceptos estaban embozadamente espresados en la carta del ministro, no lo estaban tanto que dejaran de haberle causado vergüenza, si se hubieran publicado entonces. Nadie dudó jamás de las verdaderas miras que el gobierno se propuso en la convocacion de las juntas populares; y sin embargo, cuando se publicó mas tarde aquella carta, todavía se escandalizaron muchos de ver allí patentes los amaños con que se habia pretendido hacer burla de la nacion.

Verificóse la votacion el 1.º de Diciembre; y aunque ninguno creia en la verdad de aquella ceremonia, hubo algunos que fingieron tomarla por lo sério, que respondieron no á la

primera pregunta, y que propusieron para ocupar la presidencia, al general Don Juan Alvarez ó á otros ciudadanos.

Con fecha 11 de Diciembre se espidió una circular, mandando que fueran presos y juzgados como conspiradores, los que habian dado su voto al general Alvarez; y como habia sido menester escribir el voto y entregárselo firmado á la autoridad respectiva, porque así lo disponia la circular, el gobierno supo bien quiénes eran las nuevas víctimas de su nueva persecucion.

Escusado parece añadir que el resultado de todo aquello, fué que se quedaran Santa-Anna y sus ministros lo mismo que antes, sin que de nada les sirvieran, para evitar su impopularidad, los miles de votos que tuvo el dictador, segun se vió despues, el 1.º de Febrero, cuando el consejo de Estado publicó el cómputo de los sufragios.

El gobierno, al empezar el año de 1855, podia encontrarse apesorado, supuesto que estaba mas que nunca pujante la revolucion; pero como los ministros no veian el verdadero estado de las cosas, ofuscados como estaban con los halagos de aquel poder que iba desmoronándose, lejos de sentir pesadumbre, se hallaban mas que nunca satisfechos por los triunfos que habian obtenido en el recinto de palacio, para ellos mas preciosos que los triunfos de sus armas. Habian logrado alejar de allí, y aun de la capital, á algunos individuos que les causaban grandes inquietudes, porque no aprobando aquella política, y siendo amigos particulares del general Santa-Anna, solian á veces ponerle mal con ellos, y producir aquellos arrebatos de mal humor, que se llamaron crisis ministeriales. Don Antonio de Haro y Tamariz estaba proscrito, y tenia que andar oculto para no ser víctima de las venganzas del gobierno; y habian sido confinados á diferentes puntos, fuera de la capital, otros personajes cuyas relaciones con el presidente eran, para los ministros un motivo perenne de congojas.

Entre ellos figuraba en primera línea el general Don Ignacio Basadre, que les hizo siempre crudísima guerra Liberal por educacion y por principios, dotado de claro talento, ilustrado por el estudio, por sus viajes y por sus relaciones con las grandes celebridades de la época, el general Basadre no podia aporiar el absurdo sistema que el gobierno dictatorial habia adoptado: si habia aceptado la dictadura, y trabajado acaso por el robustecimiento del poder, lo habia hecho, como otros muchos ciudadanos, con la mira de asentar en bases sólidas la libertad, salvándola de las exageraciones demagógicas. Hombre de carácter franco y decidido, manifestaba resueltamente sus opiniones al general San-

ta Anna, siempre que se presentaba la ocasión, y aprovechaba todas las que tenía, para aconsejarle que adoptara una política más conforme con el espíritu del siglo, que sus ministros no eran capaces de comprender. Ni su antigua amistad con el presidente, ni los favores que le dispensó, ni el temor de perder su gracia, le hicieron abandonar nunca el propósito que había formado, de procurar un cambio de sistema; antes bien, se valía de las buenas relaciones que con el dictador conservaba, para trabajar en aquel empeño con una constancia infatigable; y más de una vez logró que los ministros se bambolearan en sus puestos. Por fin, ellos triunfaron, y Basadre cayó en desgracia, habiendo sido desterrado de la capital en el mes de Setiembre, sin que desde entonces hubiera ya, para él un día, de sosiego, hasta que cayó la dictadura.

Cuando los ministros se vieron libres de aquel enemigo peligroso, y lograron que el dictador no volviese á escuchar sus seductores discursos, respiraron, y se creyeron invencibles.

Así era en efecto, en el sentido que ellos lo pensaban; porque desde entonces ya no volvió á resonar en torno del dictador sino la voz de las lisonjas. Quedaban en el gabinete elementos discordantes al parecer; la enemistad entre el ministro de la guerra y el de relaciones no se acababa; pero aunque se oborrecían los dos, permanecía firme é invariable el vínculo que los unía.

La política del gobierno no se cambió en un ápice, en el sentido en que la humanidad podía apetecer un cambio en ella; antes por el contrario, se hizo más aribiliaria y terrible con el disgusto que causaron al gobierno los nuevos reveses de sus armas. Se conoció esto en las providencias que dictó con motivo del pronunciamiento de Cuautla. Recobrada aquella ciudad por las fuerzas que se enviaron al efecto, impuso el gobierno á los vecinos una multa de tres mil pesos, en castigo de su falta y mandó castigar *ejemplarmente á los neutrales*, para escarmiento de los que en tales casos no se presentaran á rechazar á los facciosos. Casi al mismo tiempo mandó al comandante general de Michoacán que formara una fuerte sección para que fuera á la hacienda de D. Epitacio Huerta, el valeroso caudillo que tan célebre se había hecho en aquel departamento, "á destruir cuanto allí encuentre."

La brigada Zuloaga continuaba sitiada en Nuzco, privada de auxilios y comunicaciones, y sin otro recurso para alimentarse los soldados, que granos de maíz que recojian de una tierra vecina. En tan desesperada situación todavía hicieron esfuerzos para salir de aquel conflicto; y el 13 de Enero se batieron desodadamente, aunque con mala fortuna, con

una fuerte sección de tropas mandadas por el general Moreno y por el coronel Pinzon, que estaban protegiendo la colocación de una batería para atacar á los sitiados.

Aquella brigada había salido de Iguala para Ajuchitlan sin llevar los recursos suficientes para pagar las deudas contraídas por el coronel Don Rosendo Moreno, que hacia cuatro meses no recibía socorros para la guarnición de aquel punto; y apenas bastaban los fondos que llevaba para cubrir su presupuesto hasta el mes de Diciembre. A pesar de esto, el general Zuloaga, se interna por la costa para contribuir á la realización de un plan de campaña que sin noticia suya se cambió después cuando el gobierno quiso; se bate dos veces con honor; y el gobierno le deja abandonado en medio de sus enemigos, y en aquel mortífero clima, sin alimentos para los soldados, sin hilas para los heridos y sin medicinas para los enfermos.

Hacia ya treinta y siete días que la brigada Zuloaga se encontraba de este modo en Nuzco, desnuda y hambrienta, teniendo que perder diariamente algunos soldados para procurarse granos de maíz y un poco de agua, cuando un parlamento dió lugar á que el coronel Don Rosendo Moreno supiese el verdadero estado de la opinion pública, y los movimientos que en consecuencia se estaban operando en toda la nación. Le ilustró sobre esto en una conferencia el general Villareal, manifestándole francamente que el prestigio de la revolución crecía á la par con el desconcepto de la dictadura que los tenía allí abandonados. Aquel mismo día, que era el 18 de Enero, el coronel Moreno reunió á los jefes y oficiales que componían la brigada; y después de esponerles sencillamente las circunstancias políticas en que se hallaba la República, la desesperada situación en que ellos se encontraban, y la inutilidad de hacer nuevos sacrificios, los invitó á que manifestaran francamente su opinion sobre lo que debía hacerse. Todos hablaron de la miseria y horribles privaciones que la brigada sufría, y del abandono en que la tenía el gobierno; pero se fijaron principalmente en la situación en que se encontraba la República, necesitada de orden y de paz; en los deberes que tenían que llenar para con su patria, y en la obligación de obsequiar la voluntad del pueblo que tan claramente se había manifestado. De acuerdo todos en estas ideas, levantaron una acta por la cual desconocieron la autoridad de Santa-Anna, se pusieron á las órdenes del general Alvarez, y ofrecieron prestar obediencia al gobierno que emanara de la revolución. (1) En seguida,

(1) Véase esta acta en el *Apéndice* bajo el Núm. 14.

el coronel Moreno dirigió á los soldados una proclama, en la cual les recordaba la valerosa resignacion con que habian sufrido las privaciones de aquella penosa campaña, escitándolos á cumplir los nuevos deberes que les imponia su carácter de soldados de la libertad. (2)

El pundonoroso general Zuloaga no estuvo presente á las conferencias, ni tomó parte en la resolucion de sus subalternos; pero no pudiendo tampoco impedir que la llevaran adelante, consintió en quedar como prisionero de guerra, entregándose á discrecion del general enemigo. Este no solo respetó su vida, sino que le trató con las consideraciones decididas al valor y á la desgracia, no obstante que las atrocidades cometidas por el gobierno de México, habrian autorizado muchas veces una represalia sangrienta. Mas adelante se verá como correspondió el general Zuloaga á esta noble conducta, y cuanto mas ganaba la revolucion con ser humana, que el gobierno con ser cruel.

Este acontecimiento valió á la revolucion mil quinientos hombres que fueron á engrosar sus filas, cinco piezas de artillería y ochenta cargas de municiones de fusil y de cañon.

El gobierno habia espedido diferentes órdenes para que se retirara la brigada de Costa Grande; órdenes que debia suponer eran inútiles, supuesto que estaban cortadas las comunicaciones, y no tomaba ninguna providencia para expedirlas. A fines de Enero mandó que se hiciera una informacion sumaria para averiguar el paradero de la expedicion: y cuando supo lo acontecido, dijo en el *Diario oficial* que aquella desgracia no tenia otro origen que la *traicion* de Moreno y la *cobardía* de Zuloaga. El primero, sin embargo, habia cedido á la ley de la necesidad, y á la conciencia de sus deberes que le mandaban obsequiar la opinion pública; y el segundo habia llevado su pundonor hasta el extremo de entregarse como prisionero, con la certidumbre de que seria fusilado, segun el atroz carácter que entonces tenia la guerra. Sabia que los enemigos podian hacerlo, autorizados por la ley de las represalias, y mas bien quiso ponerse en sus manos que tomar partido con ellos.

Como se habia ensangrentado tanto la lucha, no se acabó del todo con aquel hecho la ojeriza de los pronunciados del Sur contra la brigada Zuloaga que se habia adherido á la revolucion. Pensaban que sus enemigos habian dado aquel paso, arrastrados únicamente por la necesidad, y no por haber cambiado de opiniones: recelaban de ellos, y no dejaban de fermentar proyectos de venganza, atizados por el odio

(2) Véase en el *Apéndice*, Núm. 15,

antiguo que no habia podido apagarse. Corrian los mas siniestros rumores sobre tentativas contra la revolucion, que se achacaban á los oficiales pronunciados recientemente: y todas estas circunstancias que agriaban profundamente los ánimos, eran germen de grandes peligros, y podian comprometer lances funestos.

Aquella situacion dió lugar á que brillarán de nuevo en toda su plenitud, el celo, la prudencia y la generosidad del gobernador de Acapulco. Llamó á su presencia á los jefes y oficiales de la brigada Zuloaga; les manifestó los rumores que corrian; los escitó á que dijeran francamente si querian prestar sus servicios á la revolucion; hizo que renovaran su juramento los que mantuvieron la palabra dada en Nuzco, y ofreció proteger la libertad de los que quisieran retirarse. Mas de cincuenta lo hicieron; y lo habrian pasado muy mal si Comonfort no les hubiera servido de amparo contra el despecho de los del Sur. El los defendió, los trató con las mas esquisitas atenciones, les proporcionó recursos para vivir allí, y les dió lo necesario para embarcarse y pasar á San Francisco de California.

No faltaron entonces personas que advirtieron á Comonfort que recibiria mal pago aquella generosa conducta; y acertaron. Los jefes y oficiales favorecidos volvieron á empuñar las armas contra el favorecedor: éste los encontró en frente de sí mas tarde en el campo de batalla.

Casi al mismo tiempo que el de Nuzco, sufrió el gobierno de Santa-Anna otro gran desastre, hijo tambien de su imprevisión, y del incomprensible abandono en que á veces tuvo á sus soldados. Atacada la plaza de Huétamo por una seccion del ejército libertador á las órdenes de Don Luciano Martinez y Don Ignacio Diaz, tuvo que sucumbir el 16 de Enero, despues de ocho dias de sitio, durante los cuales la guarnicion de la plaza con el coronel Don Francisco Cosío Bahamonde á la cabeza, hizo prodigios de valor rechazando los furiosos ataques de los sitiadores. Tomadas por asalto la iglesia y la plaza del pueblo en la mañana del 16 por el capitan Don Márcos Miranda, ya fué inútil é imposible toda resistencia, que harto se habia prolongado, tratándose de una guarnicion enferma y mal alimentada. Cayeron en poder de los vencedores el coronel Bahamonde, 17 oficiales y mas de doscientos soldados, sin contar con los que habian muerto en los diferentes combates; siendo además el resultado de aquella jornada la adquisición de dos piezas de artillería de á cuatro, nueve cajas de municiones y doscientos cincuenta fusiles. Los soldados prisioneros fueron puestos en libertad; los oficiales quedaron en disposicion de recobrar

la muy pronto; y el coronel Bahamonde fué fusilado el 17 por la mañana, en el mismo sitio que habia sido teatro de sus inútiles esfuerzos.

Hacia tiempo que Bahamonde se hallaba amenazado, y el gobierno lo sabia: el 31 de Diciembre le habia comunicado el comandante general de Michoacán, que grandes fuerzas pronunciadas estaban preparándose para atacar á Huétamo, pero que se mandarian tropas en su auxilio á las órdenes del coronel Don Ignacio Solís. Estos auxilios no se le enviaron á Bahamonde: hacia tres meses que no recibia fondos para el prest de la tropa: habia pedido sin cesar, y en vano, que se le socorriera, ofreciendo defenderse hasta quedar sepultado con su guarnicion bajo los escombros de Huétamo. Solo y abandonado á su suerte, aquel hombre saca del hospital á los soldados enfermos, y los coloca en las trincheras: se pone á su frente, se defiende con desesperación, sucumbe al fin, y es fusilado.

¿Cómo pagó el gobierno de Santa Anna este sacrificio?

Con fecha 20 de Enero el comandante general de Michoacán participó al gobierno que habia sucumbido la plaza de Huétamo, y que Bahamonde habia caido preso en poder de los enemigos. La contestacion del gobierno fué quejarse de faltas de obediencia á sus mandatos, y decir que las órdenes dadas á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, habian sido *eludidas*. „El gobierno, decia el ministro „en su comunicacion, tiene que lamentar que el citado coronel Bahamonde, por su inespencia, ó por *falta de firmeza* para sostenerse en el punto que se le habia encomendado, concluyera con entregar á unos soldados que merecian mejor jefe, y la plaza de Huétamo; por cuya *cobardía* conducta quiere S. A. que en el acto de que aparezca por alguna parte y se presente á V. E., mande se le reduzca á prision, &c.”

El gobierno habia dado efectivamente órdenes á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, pero lo habia hecho cuando sabia que no las podia ya recibir por estar circundado de enemigos. No le podia acusar de debilidad ni de cobardía; y es palpable además la contradiccion que existe entre estas calificaciones, y la falta que le achacaba de haber *eludido* unas órdenes, comunicadas para que se retirara de un punto peligroso, donde eran menester el valor y la firmeza.

En una carta que pocos dias despues dirijia Santa Anna á D. Luis G. de Vidal y Rivas, le decia hablando de otro individuo que tambien le servia con decision y lealtad: „Haga Vd que el coronel Orozco se encargue de la subprefec-

tura y comandancia militar de aquel punto, para evitar que el que está allí, vaya á cometer una torpeza como la de Bahamonde, porque *estos cosacos* inespertos se atarantan fácilmente, y no saben, &c.” De modo que el gobierno dictatorial no solo no agradecia el sacrificio de sus servidores mas leales, sino que escarnecía su memoria. No bastaba morir por él para dejarle satisfecho.

La toma de Huétamo dió á la revolucion extraordinario impulso en todos los pueblos situados por los confines de Michoacán, Méjico y Guerrero. Consecuencia de ella fué la desocupacion de Ajuchitlan por las tropas que guarnecian la villa, las cuales se fueron á Tepatitlan con el coronel Don Juan Velez á la cabeza, y levantaron una acta para adherirse á la revolucion, porque su gobierno „les habia faltado en todo.” El 22 entraron en Ajuchitlan Martinez y Castañeda, y encontraron allí tres piezas de artillería y buena cantidad de armamento, petrechos y municiones. Todos aquellos pueblos quedaron adictos á la revolucion; y segun decia Martinez en su parte dirijido al general Moreno. „no queda mas enemigo que la desolacion que nos ha causado á todos el formidable peso de la tiranía.”

Las medidas que dictaba el gobierno, daban bien á entender la mala ventura de sus armas en los demás puntos del departamento de Guerrero. Con fecha 26 de Enero decia el ministro de la guerra al general Don Simeon Ramirez, comandante general de Iguala que se hallaba en Tasco: „Los pueblos reveldes deben ser *desaparecidos*, y todos los individuos que hallan tomado parte en hostilizar á las tropas nacionales, *serán pasados por las armas*.” De-de antes se le habia mandado á este general, que pasara á Tasco, para ir desde allí á batir á los pronunciados que se hallaban en el cerro de Huistaca. En Tasco, le decia el gobierno, „hay traidores que bien podrá V. S. *espeler*, en particular todos los dependientes y adictos del conspirador Don Antonio de Haro y Tamariz.” Cuando el general Ramirez dió parte de haber tomado á Huistaca, cuyo punto habian abandonado los del ejército libertador, decia que lo *arrasaria* todo, conforme á las órdenes que se le habian dado.

El sistema devastador del gobierno habia llegado á agriar los ánimos de sus enemigos en términos de inducirlos á vengarse con atroces represalias. No necesitan tanto los partidos que toman las armas en las guerras civiles, para que sea una verdadera plaga su tránsito por los pueblos; pero cuando el gobierno mismo decretaba fríamente actos de vandalismo y destruccion, no es de estrañar que mas de una vez las guerrillas sueltas de los pronunciados mancharan con

escesos parecidos la causa que defendían. Sucedia esto, sin embargo, á despecho de los principales caudillos de la revolucion, que frecuentemente daban severas órdenes á sus subordinados, no solo para que respetáran las propiedades, sino para que fueran humanos y generosos con los enemigos á quienes vencieran. Señaladamente hizo esto el general en jefe del ejército restaurador, cuando hostigados los suyos por las depredaciones y desafueros que prescribia la dictadura, pensaron formalmente en entregar á las llamas las haciendas y demás propiedades de los que la eran adictos. Una circular espedita en el mes de Febrero, contiene sobre este punto, ideas y recomendaciones que espresan el espíritu de los pronunciados, pues que en ella se mandaba impedir á todo trance el incendio ó devastacion de las fincas, „aun cuando sean pertenecientes á gefes ó personajes enemigos.” (3)

En Febrero de 1855, alentados los del Sur con la reciente fortuna de sus armas, se consideraron bastante fuertes para cometer mayores empresas que hasta entonces. Todos los planes del gobierno habian sido desbaratados; apenas le quedaban en el Sur mas poblaciones de importancia que Chilapa y Chilpantzingo; y el gefe de la revolucion pensó que habia llegado el caso de dar un golpe al mismo cuartel general. Con este fin se reunieron considerables fuerzas, que tomaron el 26 de Febrero á Chilapa despues de un reñido combate; y obtenido este triunfo, se dirigieron á Chilpantzingo con ánimo de atacar la ciudad. En el pueblo de Mazatlan, á cuatro leguas de distancia, hizo alto el general Alvarez con dos mil quinientos hombres, cuatro obuses y una pieza de á seis: á su retaguardia venia por Chichualco con mil hombres y tres obuses, su hijo el coronel Don Diego; y Don Jesus Villalva, con otros mil, se habia situado entre Chilpantzingo y Tixtla.

Con estas fuerzas, que podian ser oportunamente apoyadas por Caamaño, los Navas y otros guerrilleros, situados en diferentes puntos y á distancias convenientes, no habria sido difícil tomar á viva fuerza á Chilpantzingo, donde habia una guarnicion que no pasaba de 3.000 hombres, muy valientes sin duda, pero desalentados con los recientes descalabros, y cansados además de una lucha, en la cual prodigaban inútilmente su sangre y sus sacrificios. Pero Alvarez quiso emplear los medios de la persuasion, mas bien que los de la fuerza material que tenia en su mano; y con este fin dirigió una proclama á los soldados de la guarnicion de Chilpant-

(3) Véase en el Apéndice Núm. 16.

zingo, procurando con sentidas frases atraerlos á sus banderas: (4) y como el gobierno habia hecho correr la especie de que iba decidido á incendiar y arrasar la ciudad, dirigió otra proclama á los vecinos de ella, desmintiendo aquella calumnia con la protesta de los mas nobles sentimientos, tierna y afectuosamente espresados. (5)

Entonces tambien dirigió Alvarez una carta al comandante general de Guerrero, en la cual le invitaba con fuertes razones á meditar imparcialmente la verdadera situacion del país, para tomar el partido que debia sujerirle su conciencia de buen ciudadano. En esta carta, que es muy notable, (6) suplicaba el caudillo del Sur al comandante general, que se abstuviera de darle una contestacion de rutina, porque la ocasion era demasiado solemne para que un buen patriota apelase á tales subterfugios para eludir una respuesta categórica sobre las palpitantes cuestiones que se tocaban. A pesar de esto, aquel gefe no pudo prescindir de contestar fingiendo enojo, y aparentando que no queria entrar en discusion con un rebelde.

La aproximacion de tantas fuerzas al cuartel general de Chilpantzingo, y los continuos reveces que sufrían las tropas desde principios del año, hicieron que el general Santa-Anna saliera otra vez para el Sur en el mes de Febrero; pero en esta ocasion no pasó de Iguala. Allí dió sus órdenes para que se reforzára bien el destacamento de Mescala, atacado continuamente por las fuerzas de Don Jesus Villalva, que ya habia derrotado varias veces el destacamento, y habia hecho poco antes, que se le pasaran cien hombres de él con su comandante Don Francisco Gonzalez Conchillos. Aquel punto y el de Iguala parecían por entonces los mas importantes al gobierno, seguramente porque eran la natural retirada que tenia el cuartel general en caso de perderse Chilpantzingo. Sucesivamente fueron llegando á Iguala los gefes de mayor confianza: Osollo, Cadena, Ziris, Güitán, Don Angel Santa-Anna; y casi todos eran enviados á Mescala para reforzar aquel punto.

El 23 de Febrero se le decia á Güitán que tomara caballos para su regimiento en las haciendas, „de quien quiera que sean;” y quejándose el comandante de Iguala de que no estaban buenos los caballos de los granaderos de la guardia, se le contestó que si él hubiera cumplido las órdenes supremas „para tomar de las haciendas, ó donde hubiese, los

(4) Véase en el Apéndice Núm. 17.

(5) Véase en el Apéndice Núm. 18.

(6) Véase en el Apéndice, bajo el Núm. 19.